

LA CARTA RENACENTISTA COMO FUENTE HISTÓRICA Y TEXTO LITERARIO.

No tengo la más mínima intención de exponer aquí el problema teórico del *status* de los textos que la Historia nos ha dejado como forma de expresión literaria. Me es ajena la idea de unirme a la corriente de discusión sobre el valor literario de las fuentes históricas en general, una discusión que comportaría inmediatamente, como cara contraria de la misma moneda, el preguntarse sobre el valor histórico de los textos literarios. No es mi deseo participar en tal discusión, ya que tengo bien definidos, a la vez que modestos, objetivos prácticos. Me propongo hablar sobre los beneficios que un lector, interesado no por la literatura sino por la historia, puede sacar de investigaciones literarias sobre las fuentes históricas. Así pues, hablaré de la utilidad que tienen tales investigaciones filológicas sobre el texto para cualquiera que considere el texto-fuente precisamente como fuente histórica. Es decir, a cualquiera que trate el texto en cuestión como un conjunto de informaciones sobre el estado de las cosas en tiempos pasados. Por lo tanto, mi idea principal consiste en intentar atraer la atención de los historiadores hacia la necesidad de una reflexión filológica sobre el material del que hacen uso.

La segunda parte de mi artículo estará estrechamente relacionada con la idea expuesta anteriormente. La dedicaré a los filólogos y expresaré en ella mis consideraciones acerca del tipo de labor que debería realizar un filólogo que investiga un texto-fuente, si quiere que su trabajo sea de utilidad para el historiador. Así pues, es totalmente obvio que las conclusiones girarán en torno a una posible colaboración mutua entre filólogos e historiadores en la investigación de los textos con rasgos tanto de fuente histórica como de composición literaria. Elegí la epistolografía renacentista como material al que me referiré en el curso de mi artículo. Dicha elección se debe a la convicción de que la carta renacentista, independientemente de que sea más o menos privada, presenta, de manera extraordinariamente clara, rasgos de fuente histórica a la vez que posee un particular valor literario, por lo que es un material perfecto para las presente divagaciones.

Sin embargo, creo que, *mutatis mutandis*, dichas observaciones sobre los mutuos deberes de historiadores y filólogos, con respecto a la investigación de los textos renacentistas que presentan tanto características de fuente histórica como una más o menos definida forma literaria, pueden referirse a todo tipo de textos de esta índole, sean éstos o no, cartas.

He de confesar que todo el razonamiento que expondré en mi ponencia no es fruto de ninguno de mis intereses teóricos, ni siquiera de la convicción de que estos asuntos estén poco investigados, convicción que hasta cierto punto empiezo a tener ahora, sino que se debe a las dificultades y obstáculos prácticos a los que tuve que enfrentarme tratando de entender, de la manera más precisa posible, las diversas informaciones que aparecen en las cartas renacentistas. Me he ocupado principalmente de un conjunto de cartas de la segunda mitad del siglo XVI que comprendía la correspondencia de obispos y cardenales, diplomáticos polacos e italianos de distinta importancia, escritores y poetas humanistas. Todo esto en el marco de las relaciones polaco-italianas⁽¹⁾. Ya en menor grado, de acuerdo con mis investigaciones, he tenido que leer la correspondencia renacentista de personajes tales como Erasmo de Rotterdam, Andrzej Dudycz (Andreas Duditius)⁽²⁾, Nicolás y Antonio Granvelle, el cardenal Stanislaw Hozjusz (Stanislaus Hosius)⁽³⁾, etc. Más tarde, comencé a investigar un conjunto de cartas concernientes a la actividad de Jan Dantyszek (Joannes Dantiscus, Juan Dantisco), poeta, humanista y diplomático relacionado con amplios círculos de la élite intelectual de la Europa del siglo XVI. Cabe señalar aquí las numerosas relaciones que tuvo Dantyszek con España, donde durante unos diez años ejerció el cargo de embajador en la corte de Carlos V⁽⁴⁾. Volveré a hablar de este personaje y de sus cartas al final de mi artículo.

No pocas veces he tenido enormes problemas a la hora de interpretar el valor informativo de las fórmulas usadas para los agasajos y los reproches en la correspondencia renacentista, así como en la comprensión de la posición del escritor frente a los hechos referidos, y también en

-
- 1.- Véase *Georgii Ticinii ad Martinum Cromerum Epistulae (a. 1554-1585)*, ed. J. Axer, Wratislaviae-Varsaviae-Cracoviae-Gedanii 1975; *Georgii Ticinii ad Principes Radziwill Epistulae (a. 1567-1585)*, ed. J. Axer, Wratislaviae-Varsaviae-Cracoviae-Gedani 1980; J. Axer, *Polski dyplomata na papieskim dworze* (Un diplomático polaco en la corte papal), Warszawa 1982.
 - 2.- Mis estudiantes y yo participamos en los trabajos de edición de la correspondencia de Andrzej Dudycz Sbardellat (1533-1589), destacado humanista húngaro y diplomático, obispo de Quinqueecclesiae (Pécs); esta edición se lleva a cabo en el marco de los trabajos de colaboración entre la Academia de Ciencias de Polonia y la Academia de Ciencias de Hungría.
 - 3.- Stanislaw Hozjusz (1504-1579) es el personaje más destacado de la contrarreforma polaca, obispo de Warmia (1551-1579), cardenal desde 1561, humanista y teólogo-polemista.
 - 4.- Jan Dantyszek (1485-1548) fue enviado a España ya en 1518-19, así como en 1522-23. Entre 1524-1532 estuvo en la corte de Carlos V como primer embajador permanente de Polonia en España (cf. A. Paz y Meliá, "El embajador polaco Juan Dantisco en la Corte de Carlos V", *Boletín de la Real Academia Española*, Madrid 1924).

la adecuada interpretación del tono de lo expresado, en saber distinguir entre la malicia y la amabilidad, la ironía y la seriedad, el enfado y la coquetería. He tropezado con enormes obstáculos cuando, por mi propia voluntad o a requerimiento de otras personas, he intentado establecer una distinción entre las convenciones o conveniencias y la llamada sincera opinión, y también al tratar de descubrir, entre la maraña de frases de cortesía y los más diversos lugares comunes, tan propios a la costumbre epistolográfica, la verdad dicha sobre un individuo.

Así pues, he tenido problemas básicos con la forma y con el contenido. Al cabo de algún tiempo, me di cuenta de que dichos problemas no eran únicamente míos, sino que los tenían todos los que se ocupaban de textos de este tipo. Puede afirmarse con absoluta certeza que todos los que quieren o tienen que leer cartas renacentistas, más tarde o más temprano, se dan cuenta de la urgente necesidad de llevar a cabo intensas investigaciones sobre el lenguaje, el estilo y la forma literaria de estos particulares documentos literarios, cuyo contenido informativo deseamos entender. Mi observación no aporta nada nuevo ni original, pero creo necesario hacerla constar una vez más. Sin embargo, parece que la necesidad de realización de tales investigaciones y la consideración de sus resultados no es debidamente valorada, en la práctica, ni por aquellos que hacen uso de las fuentes históricas, que numerosas veces están dispuestos a expresar su opinión sobre el sentido de los documentos leídos sin realizar este tipo de estudios, ni por los científicos a quienes fue concedida la tarea de preparar ediciones críticas de conjuntos de cartas renacentistas. Precisamente estos últimos, al proyectar sus ediciones, deberían poner especial énfasis en esta forma paraliteraria de las cartas, cosa que desgraciadamente sucede pocas veces en la práctica.

Mis observaciones se centrarán ante todo, y conforme a mi perfil profesional básico, en los textos escritos en latín. Me referiré también, aunque sólo marginalmente, a los textos escritos en una mezcla de latín y lengua nacional, es decir, a los llamados textos macarrónicos. Trataré este último tema por ser de suma importancia en lo que se refiere a las cartas procedentes del círculo de correspondientes polacos, y por ser a su vez un rasgo específico del lenguaje coloquial de la Polonia del siglo XVI, aunque no sé en qué medida esta situación tiene su paralelo en España. Creo, sin embargo, que una buena parte de mis observaciones serían también válidas aplicadas al contenido de las cartas escritas en lenguas nacionales en los siglos XVI y XVII. No es posible en un artículo tan corto analizar detalladamente las respectivas versiones lingüísticas. Además es obvio que un análisis así no se basaría, en la mayoría de los casos, en mis propias experiencias profesionales.

Así pues, ¿cuáles son las dificultades básicas que encontrará el lector de una carta renacentista no consciente de su forma literaria? Me vienen a la mente varios motivos por los que la comprensión del texto-fuente exige el conocimiento de su valor literario. Podría citar también varios factores que hacen que hoy día el lector tienda a desdeñar esta cuestión.

Primero, pues, cabe señalar que en la época de la que hablamos la división entre literatura en mayúsculas y las restantes formas de escritura no tiene un carácter muy preciso. En general todo lo que se escribe en la época del humanismo se rige por ciertas normas que nosotros entendemos como rigor literario. Todo lo que se escribe, excepción hecha de apuntes privados y cuentas administrativas, está sometido a ciertos principios motivados, en mayor o

menor grado, por el conjunto de reglas y tradiciones retóricas propias del autor. El tono y el estilo, los límites de lo que es adecuado o inconcebible, están determinados no sólo por las relaciones entre los correspondientes, por las costumbres diplomáticas que rigen en un lugar, tiempo y ambiente, sino también por las reglas “*decorum*” de un determinado género literario (panegírico, discurso, carta), y, en el marco específico de las cartas, por el tipo y el género de toda “conversación por escrito”.

No entenderemos esa conversación por carta, su tono y transcurso, si olvidamos las reglas de composición propias de este tipo de textos y los preceptos que estaban en la base de la educación escolar, educación de las formas de construcción de las variantes fraseológicas. Así pues, el significado de todos y cada uno de los elementos del texto en cualquier nivel de su estructura, debería ser valorado con conocimiento de las normas, principios y esquemas propios de un determinado tipo de expresión.

Esto parece evidente, pero hoy día, en una época de decadencia absoluta de estas normas y principios, nos olvidamos fácilmente de ellos. ¡Cuán a menudo, en la actualidad, nos encontramos incluso con lectores profesionales que leen un panegírico sin recordar los “topos” propios de este género! ¡Cuán a menudo leen cartas renacentistas sin conocer los preceptos del *Ars epistolandi*! Nuestra época, el mundo de hoy, nos dificulta sobremanera una lectura apropiada de las cartas del pasado si no nos sometemos a cierta disciplina de la que nos priva la vida actual.

Trataré aquí otro factor que contribuye a que las investigaciones filológicas sean indispensables para sacar del texto algunas nociones importantes no para un filólogo, lo cual es obvio, sino para un historiador. Este factor consiste en el hecho de que los textos escritos en latín, incluso aquellos que a nuestro parecer están exentos de todo valor literario, en la época del humanismo eran escritos en un lenguaje basado en el de las obras literarias romanas. Es difícil dejar de apreciar las consecuencias de esta situación y, sin embargo, no son valoradas debidamente. Téngase en cuenta que todo texto escrito en latín en aquella época por una persona instruida era una composición basada en elementos de expresión literaria pertenecientes a la literatura antigua. Independientemente de la influencia del latín hablado, independientemente a veces de los importantes cambios sintácticos o semánticos, el latín de los humanistas es, en teoría y en la práctica, una imitación de los modelos literarios o, al menos, una modificación del material tomado de los textos literarios. He aquí el resultado: estamos ante un área donde es posible un muy complicado juego de todo tipo y género de alusiones literarias. Existe una gran gama de posibles relaciones entre las fórmulas que hallamos en el texto renacentista y en el modelo antiguo de éstas, desde las citas a las paráfrasis, las criptocitas y alusiones de todo género y nivel, pasando por la gran cantidad de modalidades que puede emplear conscientemente el autor de la carta renacentista, hasta un sinnúmero de ese tipo de conexiones que surgen independientemente de su voluntad por el mero uso de fórmulas empleadas antaño en el latín clásico. Es un área donde deberían desempeñar un papel fundamental los estudios sobre intertextualidad, el área de la intertextualidad natural y general que vincula la expresión renacentista con los textos antiguos.

El historiador contemporáneo no llega a percibir este aspecto ya desde el punto de vista teórico, y en la práctica está todavía más lejos de poder solucionar los más básicos problemas concernientes a este campo. El historiador de antaño, el filólogo de antes, en cierto modo sentían, y de ello no hace tanto tiempo, esta intertextualidad y reaccionaba ante ella. El elevado nivel de la enseñanza de las lenguas y las literaturas clásicas y una relativamente alta, en los ambientes elitistas, cultura humanista, hacían que el lector de la carta renacentista reconociera, muchas veces, con bastante aproximación la forma de los modelos antiguos que se dependían de estas composiciones.

Esto, desgraciadamente, ocurría cuando la identificación de esos modelos llevaba únicamente a las tan típicas, para los científicos positivistas, consideraciones sobre la génesis del texto, la psicología del autor y el mundo de sus lecturas. Todo esto tenía lugar antes de la creación de la moderna teoría de alusiones literarias, antes de que la gente comenzara a preguntarse no sólo por el lugar del cual había tomado el autor su modelo de expresión sino también, y ante todo, sobre las consecuencias del empleo de éste por lo que a la semántica se refiere.

Hoy día, cuando somos conscientes de las consecuencias que surgen en el área del significado del texto, si es que el texto se vale de los elementos de otro existente anteriormente, incluso un experto historiador encuentra dificultades, debido a su insuficiente conocimiento del latín, del griego y de la literatura clásica, al querer reconocer las relaciones existentes entre el texto renacentista y sus modelos antiguos. Es precisamente esta falta de reacción ante tales concomitancias la que le lleva a inclinarse a pensar que todo esto carece de importancia. Estamos aquí frente a un anacronismo, anacronismo mucho más peligroso, a mi parecer, que los cometidos por los investigadores del siglo XIX cuando interpretaban las épocas pasadas basándose en su conocimiento del mundo contemporáneo.

Recuérdese aquí por ejemplo la anacrónica visión del imperio cretense interpretado a semejanza del imperio británico, hechos estos rechazados, con desprecio, por los historiadores contemporáneos.

Este mismo historiador contemporáneo, con toda ingenuidad, identifica su lectura, libre de la "carga" del conocimiento de la literatura clásica, con la lectura practicada por los hombres del renacimiento, cuya imaginación estaba llena de imágenes y situaciones tomadas de la literatura clásica, cuyo mundo de lecturas estaba constituido, en la mayoría de los casos, por textos griegos y romanos, cuya memoria reaccionaba rápida y violentamente a la aparición de fórmulas, que eran citas o paráfrasis de sentencias que aparecían en los textos clásicos que tan bien conocían.

Considero que una de las tareas más difíciles e importantes que tiene el lector que desea penetrar en el contenido de las cartas renacentistas y, mediante ellas, quiere reproducir no sólo los hechos sino el mundo de los sueños, esperanzas, pasiones y sentimientos de la gente de la época del humanismo, es una cautelosa y profunda investigación de esta intertextualidad de la

carta renacentista. Claro está que la influencia que tiene la identificación de los modelos antiguos en la comprensión del sentido de la expresión del hombre del siglo XVI puede ser muy variada. Una buena parte de estas relaciones documenta la formación intelectual del autor, sus lecturas y su instrucción. Otra parte la constituyen esa particular presentación erudita y los adornos que el lector puede y debe percibir y apreciar; pero la parte más importante es el código empleado conscientemente, es la manera de entenderse del autor con el destinatario, individual o colectivo, de la carta mediante los juegos de asociaciones. Este entenderse consistía en la alusión, por parte del autor, a una obra antigua, tratada como una especie de fondo para subrayar y modificar sus propias ideas. O sea, el texto en conjunto es, en diverso grado y a distintos niveles, una particular alusión a los textos antiguos. El hecho de no tomar en consideración dicho código lleva a la desfiguración de la información y, a veces, a la tergiversación del sentido del contenido de la carta. Quiero añadir, para poner punto final a esta parte de mis divagaciones, que dicho fenómeno, tan obvio por lo que se refiere a los textos escritos en latín, atañe también a una buena parte de los textos escritos en lenguas nacionales. Las formulaciones que estas últimas contenían también eran capaces de resucitar en la mente del lector los modelos clásicos. Una formulación debidamente construida en una lengua nacional, podía hacer funcionar en la conciencia del lector una determinada parte de un texto clásico concreto y, por consiguiente, la identificación de este mecanismo contribuía muy a menudo al descubrimiento de otro sentido de las expresiones aparentemente claras y simples.

Conforme a lo dicho al principio, trataré tan sólo marginalmente los problemas de los textos escritos en una mezcla de lengua nacional y latín. Esto sería interesante únicamente si tuviera tiempo de presentar aquí algún ejemplo brillante que reflejara los rasgos específicos de este tipo de correspondencia renacentista. Así pues, me limitaré tan sólo a una afirmación general, según la cual las áreas de la prosa renacentista con “incrustaciones” latinas no son, como opina la mayoría de los historiadores, y desgraciadamente también la mayoría de los filólogos, un terreno en el que se puede operar según el viejo y fácil principio que consiste en traducir la “incrustación” latina a la lengua nacional y leer el texto lingüísticamente unificado, plenamente convencidos de que se lee el mismo texto, el original. En realidad, muy a menudo la “incrustación” latina constituye una particular capa significativa, un sistema de señales distinto, que crean su propio juego de alusiones literarias. El primero que hizo hincapié en ello fue el famoso eslavista belga Claud Backvis, en sus investigaciones sobre la prosa polaca⁽⁵⁾. Mis estudios confirman la riqueza y el atractivo de los problemas en cuestión⁽⁶⁾. No sé en qué medida dichas observaciones podrían ser aplicadas a la epistolografía hispana. De todas formas, este tipo de textos abría la posibilidad, ante el hombre renacentista, de entretejer, como en un

5.- C. Backvis, “Quelques remarques sur le bilinguisme latino-polonais dans la Pologne du seizième siècle”, Université libre de Bruxelles, *Communication présentée au congrès de Slavistique de Moscou, 1-10 IX 1958*.

6.- J. Axer, “Problemy Kompozycji makaronicznej” (Problemas de las composiciones macarrónicas), *Pamiętnik Literacki LXXVI* (1985), fasc. 3.

mosaico, citas latinas de autores clásicos con paráfrasis polacas, alemanas, francesas o españolas de éstas. Así surgía aquel extraordinariamente complejo y rico juego de significados.

Ahora hablaré del tercer factor importante (ya he citado dos: el general valor literario de los textos renacentistas y la intertextualidad de toda composición epistolográfica en latín), un factor que no puede pasar desapercibido. Este factor está estrechamente relacionado con lo dicho anteriormente. Me refiero a la existencia de un canon de lecturas clásicas del que el autor de toda carta renacentista esperaba que su correspondiente tuviera un conocimiento detallado y completo, hecho que podría generalizarse a todo autor renacentista con respecto a su lector. No se esperaba únicamente el conocimiento completo de este canon, sino que se trataba también de aprender de memoria, al pie de la letra, una buena parte de estas lecturas. Un mundo común de lecturas que vinculaba a la gente de entonces, un mundo de lecturas muy diferente al mundo de lecturas que une al público instruido de los lectores de los siglos XVIII y XIX, mundo este de lecturas del que nos olvidamos tan fácilmente hoy día, puesto que no existe tal mundo como campo de experiencia común de los intelectuales contemporáneos, e incluso si existe en alguna parte, ante nuestros ojos se descompone y destruye. Este mundo común de lecturas es un campo de comprensión establecido a través del uso, a la hora de formular los propios pensamientos, de escenas, situaciones, personajes, conceptos y sentencias pertenecientes a los libros que configuran ese mundo común.

El actual lector de las cartas renacentistas debe tener presente en todo momento la existencia de ese canon común de lecturas, luchando contra su propia convicción de que la experiencia común básica de la gente es la realidad que la circunda y la universalidad de las imágenes televisivas, ya que debe reconstruir fielmente este mundo de lecturas que cambia con el transcurso del tiempo y no es el mismo en los distintos lugares del área cultural de la comunidad europea. Este lector se verá ante una mezcla compuesta en general por los mismos textos, pero en proporciones distintas. Serán textos de Cicerón, Virgilio, Marcial, Séneca, Estacio, Livio y posteriormente de Horacio y Catulo, mezclados en distintas proporciones, en mayor o menor grado, con los textos griegos o... Aquí vacilo: mezclados o no con los textos griegos. Uno de los rasgos más importantes, característicos que diferencian el mundo de lecturas que tenían personas en tiempos y lugares distintos en el marco de la Europa renacentista es el grado y alcance de helenización de la imagen que tienen de la antigüedad. No desarrollo esta idea ya que esto alargaría sobremanera mi artículo, así que sólo hago hincapié en ello y valiéndome de mis propias experiencias nacionales puedo dar un ejemplo claro. En Polonia las variantes helénicas de la antigüedad no tuvieron mucho arraigo. Las copias romanas cubrieron por completo los originales griegos y ni se dio ninguna revolución helénica ni se concedió ninguna importancia a la idea de volver "*ad fontes*", entendida tal como la entendió el humanismo francés del renacimiento tardío. Hubo distintas razones para ello: el ferviente catolicismo polaco, el hecho de que se hablase en latín, etc.; pero sobre este tema no me extenderé. Bástenos saber que las diversas combinaciones de distintos textos de autores romanos, completadas en parte con algunas lecturas griegas coexistentes con la general e

imperante lectura de la Biblia, muy distinta en periodos del renacimiento distintos y en distintos países, son cada vez menos conocidas por los usuarios contemporáneos de las cartas renacentistas. Les resulta desconocida en tal grado y de tal manera que imposibilita una debida comprensión de las ideas expresadas en las cartas, comprensión que los autores de aquellas esperaban de sus lectores.

Así pues, pienso que es aquí donde surge una tarea de gran envergadura para los filólogos. Hay que reconstruir aquel mundo de lecturas y tratar de percibir el texto renacentista, tomando en consideración la función y el papel que el mundo de lecturas desempeñaba en el desciframiento del texto en cuestión en el pasado. Los filólogos tenemos la obligación de investigar los mecanismos de recepción de estas cartas en el pasado, dentro del marco en el que la cultura clásica modificaba la recepción que de ellas tenía la gente del humanismo.

Creo que ya hemos reunido los factores principales que hacen que las investigaciones filológicas sobre las cartas renacentistas como fuente histórica permitan descifrar un comentario particular sobre las informaciones presentadas en estos documentos, comentario que queda oculto en la misma forma de expresión. Para una interpretación adecuada de este comentario es necesario en primer lugar no dejarse llevar por una lectura espontánea. Esto requiere una dura labor sobre uno mismo, una labor que contribuirá a percibir los aspectos básicos de esa olvidada intertextualidad de aquellas cartas, a descifrar el juego de significados que surge al relacionarlas con los textos antiguos. Por otra parte estos significados descifrados deben ser a su vez ordenados, aceptados o rechazados, al reconstruir el mundo de lecturas del autor y del destinatario de la carta, reconstruyéndose así la recepción de ésta en el siglo XVI. Esto es necesario, ya que de otra forma podemos cometer un anacronismo horrible, reconstruir una red de alusiones clásicas y de significados concretos que aunque potencialmente están presentes en el texto imitador, no hubieran podido ser descifrados por el destinatario en aquel tiempo y lugar. Toda esta labor de lector de cartas renacentistas no puede ser cedida hoy día a un historiador profesional; debe ser realizada por un filólogo con una preparación adecuada y los resultados de este trabajo deben ser entregados al historiador como comentario para que éste pueda sacar los mayores beneficios posibles de la lectura de la carta.

Tal comentario y tal ayuda son imprescindibles para quien investiga las cartas renacentistas como texto-fuente. Dicha ayuda también resulta imprescindible en textos que no son cartas, tales como crónicas, diarios, literatura de celebración, etc. Esto se debe al hecho de que todo tipo de información en los textos-fuentes que presentan alguna característica de texto literario puede ser sometido a diversas deformaciones en la mente del lector que no percibe una relación con la situación literaria clásica a la que remite el autor del texto en cuestión, deformación que se da tanto en el lector que no la percibe en absoluto como en el que percibe una situación distinta de la que hubiera podido ser propuesta al lector de aquel tiempo y lugar.

Así pues, una descripción aparentemente precisa y fiel del aspecto físico del hombre puede convertirse, en un texto renacentista, en una descripción de sus valores espirituales, no relacionada directamente con la verdadera fisonomía de la persona. Es lo que sucede en la medieval *Vida de Carlomagno* de Einhardt y, por ejemplo, en varias cartas-dedicatorias de filólogos italianos que destinaban sus obras a discípulos de grandes linajes. Es el caso de la carta de Felipe Beroaldo el Viejo, que dedica la edición boloñesa de los *Discursos* de Cicerón a uno de los magnates polacos, Stanislaw Ostroróg⁽⁷⁾. Que es un retrato espiritual y no físico del destinatario lo entenderá inmediatamente tan sólo el que identifique los elementos en los que se basa la construcción de la descripción, elementos del retrato del filósofo Eufrates esbozados en las cartas de Plinio el Joven, que el autor matiza con colores tomados del retrato de César Augusto de la *Vida de los doce césares* de Suetonio. Lo mismo sucede en la descripción de un combate como relato del campo de batalla: me viene a la mente la gran derrota que sufrieron las tropas polacas en la lucha contra los turcos en Cecora⁽⁸⁾. En esta descripción vemos, asistimos a la heroica muerte del “atamán” de las tropas polacas, Stefan Zólkiewski, personaje que se ha vuelto legendario en Polonia y del que todos los niños conocen los más mínimos detalles de las circunstancias en las que murió: el cómo el “atamán” atravesó con la espada a su caballo, la forma impávida en que Zólkiewski quiso frenar con su propio cuerpo el avance del enemigo hacia el corazón del país, las patéticas palabras que dirigió a sus compañeros, etc...

De hecho estos sucesos, aparentemente reales, consisten en la modificación de elementos precisos, tomados del relato de Livio sobre la derrota de los romanos en Canas y la muerte del cónsul Emilio Paulo. Se podría decir, pues, que es un monumento erigido a Zólkiewski, un monumento a la antigua y no una descripción de la batalla y del verdadero destino del “atamán”. Igualmente ilusorias pueden ser las descripciones del paisaje, las valoraciones morales de la actitud humana, las expresiones de amor, las manifestaciones de odio. Asimismo engañosas pueden ser las descripciones de situaciones y la presentación de la información. Engañosas para el que no dispone de una adecuada técnica de lectura...

Pasaré a las conclusiones finales. El sentido de estas divagaciones estriba en hacer notar que el conocimiento de los cánones literarios que determinaron la forma del texto que nos sirve de fuente histórica es indispensable para una buena comprensión de las informaciones que esta fuente contiene. El contenido se vuelve completamente claro únicamente después de ser determinado el modelo literario.

7.- M. T. Cicero, *Orationes*, Bononiae 1499 (Benedictus Hector Faelli), ed. Ph. Beroaldo.

8.- Hoy Tutura en Rumania; la batalla tuvo lugar los días 17-29 de septiembre de 1620. Enlazo más tarde con la versión propagandística de los acontecimientos que tiene reflejo en numerosos textos de la época, empezando por las alocuciones en el parlamento y acabando por las representaciones del teatro jesuita.

Repito que tal información resulta hoy banal, pero su aplicación en la epistolografía renacentista no ha sido llevada a la práctica: no se toma en consideración el hecho de que el análisis del contenido de las cartas renacentistas exige que se recuerde continuamente la tradición literaria en el marco de la cual se desenvuelven el autor y el destinatario de éstas; no se toma en consideración que dicha regla sigue en vigor aun cuando, a nuestro parecer, la carta carezca de ambiciones literarias. En los trabajos de investigación, en la realización de grandes proyectos relacionados con la edición y con el comentario de la correspondencia renacentista, tampoco se tiene en cuenta el hecho de que el investigador que se vale hoy de este tipo de material no dispone de una preparación que le permita determinar por su propia cuenta los modelos y préstamos clásicos, por lo que no está del todo preparado para una lectura competente.

No cabe la menor duda de que sin tener aptitud para este tipo de lectura el historiador subestima el papel que desempeña la forma de expresión en la comprensión de la información, por lo que es tanto más propenso a dar fe a todo tipo de resúmenes, abreviaciones, sin hablar ya de las traducciones. Precisamente es esto lo que perjudica enormemente el valor de la fuente.

Creo que todo lo dicho contribuye a formular determinadas conclusiones prácticas referentes a la manera de editar conjuntos de correspondencia de los siglos XVI y XVII. Pienso que debería convertirse en regla un modelo de mutua colaboración interdisciplinaria que vinculase a historiadores y filólogos, filólogos clásicos y filólogos que se ocupan de la literatura del país del que procede la correspondencia. Tanto el establecimiento del texto, la determinación de su versión final como la elaboración de los comentarios deberían ser obra común, resultado de discusiones y del intercambio mutuo de experiencias de científicos de varias especialidades. Además, dicha labor debería ser realizada, en lo posible, por equipos de investigación internacionales. El mundo del humanismo renacentista es un mundo de contactos muy amplios y fáciles, sobre todo el mundo de las élites intelectuales, y tiene carácter internacional, aunque visiblemente relacionado con el ambiente local. Informaciones, ideas y cartas atraviesan la Europa renacentista de un lado a otro. Una comprensión apropiada del flujo de información que contenía la carta, una debida comprensión de la resonancia que esa carta causaba en el destinatario exigen una labor común de personas que, en conjunto, abarquen con su imaginación y su experiencia investigadora la totalidad de la Europa cristiana, desde España hasta, al menos, la frontera oriental de la República Polaca de aquel tiempo, naturalmente. A consecuencia de esta labor deberían surgir textos dotados de comentarios apropiados tanto sobre la realidad, comentarios competentes en todos los aspectos que atañían de alguna forma al destinatario y al autor de la carta, como sobre cuestiones filológicas, que comprenderían toda la riqueza de su sentido. Este último es un tipo de comentario filológico que difiere por completo del que encontramos hoy: distinto de esos caóticos compendios de símiles formados por paralelismos clásicos y bíblicos que accidentalmente se le ocurrieron al autor del comentario. Estos nos hablan, en la mayoría de los casos, más sobre el que los escribe que sobre la carta misma o su autor.

En el comienzo de mi artículo mencioné el nombre de Jan Dantyszczek, uno de los mayores humanistas polacos de principios del siglo XVI. Estamos planificando, en estrecha colaboración polaco-española y con la participación de colegas de Alemania, sur de Italia (por supuesto de Nápoles), Países Bajos y otros países, una edición, en parte experimental, de la correspondencia de este importante humanista, correspondencia que se encuentra diseminada por numerosos archivos⁽⁹⁾. Dicha correspondencia constituye un magnífico material para ampliar las experiencias concernientes a la labor sobre los textos que poseen características de fuente histórica y texto literario, ya que por una parte Dantyszczek era un diplomático muy activo que, estando presente en los importantes asuntos de la política europea de la primera mitad del siglo XVI, tuvo contacto directo con los enmarañados hechos relacionados con la irradiación del potente imperio de Carlos V, relacionados con los intereses de este imperio en la Europa central y oriental; y por otra parte era un eminente escritor, magnífico poeta latino hablante, y sus textos se caracterizaban por una claramente modelada personalidad literaria⁽¹⁰⁾.

Para finalizar, me permito decir que abrigo esperanzas concernientes a la realización, por lo menos parcial, de los sueños que he expuesto aquí sobre una ideal edición de la correspondencia renacentista, unos sueños que tal vez lleguen a cumplirse al ser editada la correspondencia de Jan Dantyszczek.

Jerzy AXER.
Universidad de Varsovia

9.- En 1987 fue confirmada formalmente la edición de la correspondencia de Dantyszczek como tema permanente en el marco del acuerdo de colaboración entre las Universidades de Varsovia y la Universidad Complutense de Madrid.

10.- Cf. J. Dantyszczek, "Carmina", ed. S. Skimina, Kraków 1950 (*Corpus Antiquissimorum Poetarum Poloniae Latinorum*, vol. VII).